

MISA EN LA CENA DEL SEÑOR

Catedral 2016

Tres acontecimientos celebra la Iglesia esta tarde del Jueves Santo: la institución de la eucaristía, la institución del sacerdocio y el mandato del amor fraterno. Tres acontecimientos que tienen un origen común y un único fin. El origen es la entrega de Cristo por nosotros amándonos con un amor hasta el extremo. El fin es perpetuar hasta que el Señor vuelva la presencia de Cristo entregado por amor.

Cristo nos amó y nos amó hasta el extremo. Esta es la afirmación que acabamos de escuchar en la proclamación del evangelio de San Juan: “Sabido Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1) ¿Qué significado tienen estas palabras de san Juan que interpretan el sentido profundo de lo que Jesús va a realizar en su Pasión, muerte y resurrección y que perpetua en la institución de la eucaristía, del orden sacerdotal y en el mandato del amor fraterno?

Benedicto XVI en el libro *Jesús de Nazaret* explica estas palabras de Juan en el contexto de la “hora” de Jesús a la que él alude varias veces en el Evangelio. La “hora” de Jesús es el momento culmen de su vida, aquel en el que cumplirá la misión que el Padre le encomendó: la salvación del mundo. Es el momento de su muerte y glorificación. (También nosotros cuando nos referimos al momento final, al momento de la muerte o a los momentos de éxito decimos que es “nuestra hora” o “nuestro minuto de éxito) En Jesús la hora, es la hora del paso y del amor extremo. Comenta el Papa emérito: “Los dos términos (paso y amor de la “hora” de Jesús) se explican recíprocamente, son inseparables. El amor mismo es el proceso del paso, de la transformación, del salir de los límites de la condición humana destinada a la muerte... Es el amor hasta el extremo el que produce la “metábasis” (transformación) aparentemente imposible: salir de las barreras de la individualidad cerrada, eso es precisamente el “ágape” (amor), la irrupción de la esfera divina”.

Se trata, pues, de un amor explosivo, inaudito, nunca visto y se trata de un paso definitivo para que la humanidad pueda entrar en la gloria de Dios unida a la humanidad de Cristo. En este amor extremo, que es misericordia, Dios se revela como tal y en Jesús se nos hace visible, palpable, experimentable para toda la humanidad. Jesús da el paso, el primer paso hacia adelante, hacia la muerte para entrar en la vida definitiva. En su "hora" Jesús da el paso hacia Dios de donde había salido y lo hace con decisión, con entrega generosa, con amor hasta el extremo llevando tras de sí una muchedumbre inmensa.

Todo el poder salvífico que contiene el paso de Jesús de este mundo al Padre y el amor extremo quiso entregarlo sacramentalmente a los hombres para que sigamos realizando su hora y transformando este mundo por el amor. Nos lo entregó todo para que cada uno de nosotros cooperemos con nuestras fuerzas y con la ayuda de su gracia que recibimos en los sacramentos, para renovar las estructuras de muerte y de pecado que destruyen al hombre y a la sociedad, en estructuras de gracia y de vida.

Para que esta transformación del mundo y del hombre sea posible por la revolución del amor es necesario permanecer unidos al Señor como nos dice Él mismo en el evangelio de San Juan: "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo, permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor... Este es mi mandamiento que os améis unos a otros como yo os he amado" (Jn 15, 9-12)

Por tanto, hermanos, el Señor esta tarde nos regala el arma más poderosa para transformar el mundo, para combatir contra el mal, para vencer incluso a la muerte. Es el arma del amor extremo. Por pura gracia de Dios estamos en condiciones de amar como Dios mismo ama porque hemos recibido el Espíritu Santo que es Amor. De ahí la fuerza transformadora que porta cada cristiano y de la Iglesia. Es mucho mayor de la que nos imaginamos. No se trata de una fuerza bruta, de un poder al estilo de este mundo sino de un poder espiritual que transforma los corazones de las personas que deciden y sostienen las estructuras humanas de la convivencia. El Señor sólo nos pide que

creamos en esa fuerza transformadora de su amor, que lo acogamos en nuestro corazón y lo manifestemos en obras de amor y de misericordia. Cuando somos conscientes del poder transformador del amor; entonces es cuando nos damos cuenta que no importa tanto el número de miembros que tiene una comunidad eclesial cuanto la calidad cristiana con la que los miembros de la Iglesia se entregan a los demás. Nos daremos cuenta que, actuando con un amor fuera de lo normal derribaremos los muros del odio, de la violencia y hasta de la soberbia porque ese amor cristiano (ágape) es capaz de cambiar todas las cosas y ordenarlas según Dios.

Los sacerdotes, a quienes el Señor entregó el poder de las llaves para perdonar los pecados, tenemos la misión de garantizar la pureza y la autenticidad del amor del Señor, el sacramento de la eucaristía que conmemora la “hora” de Cristo nos da fuerza y vigor para permanecer unidos su amor y el mandamiento nuevo que Jesús nos dio exige que nosotros también entreguemos el amor a todo hombre; pero especialmente a los pobres, a los enfermos, a los descartados por el pecado.

En la “hora” de Jesús, María lo seguía de lejos con el discípulo amado y las santas mujeres. Ella lo veía todo y todo lo meditaba en su corazón. A ella le pedimos que nos ayude a transformar el mundo por el ejercicio de una amor extremo como el de Cristo.